

LA ILUSTRACION POPULAR ECONOMICA.

Redaccion y administracion, calle de San Cristóbal n.º 7, entreaucho.

SUMARIO.

Traduccion.—La causa del catolicismo.—Apertura del Seminario Conciliar.—Una escena del diluvio.—Poesia. Un recuerdo y una plegaria.—La Codicia rompe el saco: (leyenda, continuacion).—Mesa revuelta.

TRADUCCION.

Tambien, cual antes lo han hecho el Sr. Serra y la Señora Sinues, D. Juan Eugenio Artzembusch ha respondido á nuestra invitacion, remitiendonos la traduccion del aleman, á que damos cabida en el presente número, agradeciendo infinito la bondadosa condescendencia del ilustre escritor á que tantas joyas debe nuestra literatura.

LA REDACCION.

LA CAUSA DEL CATOLICISMO.

Con el citado epigrafe hemos leído en *El Tradicional* los siguientes párrafos:

«Recomendamos eficazmente á nuestros lectores «La Ilustracion Popular Economica», notable publicacion católica que vé la luz en esta capital los dias 1, 10 y 20 de cada mes, y cuyo precio de suscripcion es el de un real 50 céntimos mensuales y 4 por trimestre»

Esta interesante revista, que con gran acierto dirige nuestro querido amigo D. Agustín Lobe, tiene la mision de propagar las sacrosantas doctrinas de nuestra religion, por medio de amenísimos y bien escritos artículos y con la publicacion por separado de las obras mas importantes de los escritores católicos.

Enviamos nuestros plácemes á los ilustrados redactores de tan apreciable colega, y les ofrecemos todo nuestro apoyo que, aunque escaso, es sincero.»

En mucho tenemos el apoyo de nuestro colega, y su sincero saludo como el de los periódicos que anteriormente nos han dirigido benévolas frases, nos prueba palpablemente cuán ardientes defensores tendrá siempre la causa del catolicismo, de la que somos humildes soldados, pero decididos paladines.

LA REDACCION.

APERTURA DE CURSO EN EL SEMINARIO CONCILIAR.

Acaba de terminarse este solemne acto, que ha presidido el Escmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de la Diócesis, en medio de una numerosa é ilustrada concurrencia.

Permitid ahora al poeta de corazon que con su inhábil pluma os lo describa allá á su modo. Dejad al cristiano que os refiera las dulces emociones que ha sentido, las risueñas esperanzas que ha formulado.

No bien se pisaban los umbrales del magestuoso edificio diríanse que la alegría franqueaba sus puertas al afortunado que en él penetraba: la alegría, sí, que se veía pintada en los juveniles rostros de los escolares, reflejándose asimismo en los de sus sábios profesores.

Y allí no había nada de lo que comunmente viste la mayor parte de las funciones. Los trajes eran severos, los adornos escasos. Pero había en cambio una juventud virtuosa y amante de la ciencia, que se agrupaba en torno de sus queridos catedráticos;

habian varias comisiones de hombres científicos complaciéndose en este tierno espectáculo, y desprendiase de él un suave perfume, digamoslo así, el perfume que se exhala de todos los actos en que la virtud rinde culto al catolicismo. Y dando luz y colorido á todo esto un cielo azul y esplendoroso en que se reflejaba la bondadosa sonrisa del Altísimo; en que se leían mil amorosas promesas.

Penetremos en la capilla: la Inmaculada María en un solio de nubes, rodeada de su corte de ángeles, se ostenta en el sencillo y magestuoso altar nuestro Escmo. é Ilmo. Prelado, reflejando en su semblante una dulce alegría, eleva sin duda sus preces en pró de los fieles que tan acertadamente dirige: dos filas de sillones y bancos se extienden por el diminuto templo, y en ellos se sientan hombres que el estudio ha encanecido, jóvenes cuyo saber prematuramente ha destellado, y todos sin escepcion en su aspecto, en su mirada, en sus ademanes indican la modestia, única piedra de toque de la sabiduria.

El órgano lanza en el sagrado recinto sus conmovedores acentos, todas las rodillas se doblan, todas las cabezas se inclinan, y en medio de un respetuoso é imponente silencio se celebra el santo sacrificio de la misa, y Dios desciende hasta nosotros y bendice, á no dudar, á todos cuantos tenemos la dicha de asistir á una para El tan agradable solemnidad.

Después en un engalanado púlpito se deja oír una voz pausada y sentida; es la del joven Doctor D. Antonio María Lleó y Comín, que en la armónica lengua latina impugna en un brillante discurso la falsa doctrina del espiritismo.

Vuelve á resonar el órgano, escúchanse otra vez los coros sagrados, y declarando abierto el curso nuestro Escmo. é Ilustrísimo Diocesano, salimos del Seminario Conciliar con el alma henchida de dulce satisfacción.

Vosotros los que careceis de fé, asistid á alguno de estos actos donde indudablemente hallareis algo que os conmueva y os atraiga. Vosotros los que calumniáis nuestra sacrosanta religion, asistid á alguno de estos actos y el rubor y la vergüenza colorarán vuestras mejillas, y torturará vuestro corazon el remordimiento.

Mucho mas pudiera añadir, pero me falta espacio en mi pequeño periódico. Concluyo, pues, enviando el respetuoso saludo de esta redaccion toda á los dignos profesores de este Seminario Conciliar y á sus jóvenes discípulos, recomendando á estos últimos asiduidad y sumision, para que en dias no lejanos puedan á su vez enseñar y difundir el cristianismo.

Dichosos vosotros jóvenes, los que en la aurora de la vida sentís arder en vuestros corazones la santa fé que ha de haceros fáciles todos los caminos, llevaderos las mas amargas tribulaciones! Seguid con inquebrantable voluntad esa hoy espinosa cuanto envidiable senda. Por cada lágrima que derrameis ha de brotar una flor, de cada uno de sus pétalos una dorada hebra de luz para vuestra celeste aureola.

Yo en tanto, yo pobre y oscurecido poeta que como los pájaros del bosque lanzo mi voz en el espacio á impulso de mis alegrías ó de mis sufrimientos. Yo cantaré con acordada lira vuestras virtudes y vuestros triunfos, elevad vosotros en cambio fervorosas plegarias en que os suplico pidaís al Omnipotente me conceda la divina gracia de su inspiracion sublime.

(2 Octubre de 1869)

A.

UNA ESCENA (1) DEL DILUVIO.

SEMIRA Y SEMIN.

(Fragmento escrito en aleman por Salomon Gessner.)

«Ya las torres de mármol yacian profundamente sumergidas: ya sobre la cumbre de las coralleras corrían negras olas como montañas; ya solo alzaba un monte su erguida cabeza sobre las

(1) Semahid, esto es, cuadro, dice el original.

aguas. Horrible agitación reinaba en torno de sus azotadas pendientes, donde gritaban desesperados los infelices que subían á su cima, perseguidos por la muerte en las olas, que los iban á cesar bañando las plantas. Aquí se desgajaba del monte una colina, y cargada de hombres dando alaridos, se precipitaba con ellos en el espumoso piélago; allí reunidos los turbiones, y trocados en furioso torrente, se llevaban al hijo que se esforzaba á salvar á su padre moribundo, ó arrastraban á la alligida madre con sus hijos en brazos (1).

«Solo descollaba, exento de la devastación, el pico mas eminente de la cima, donde Semín, generoso mancebo á quien poco antes había jurado eterno amor la mas virtuosa de las doncellas, había puesto en salvo á su atorada Semira, y donde, en medio de la mas deshecha borrasca, se encontraban solos, porque las aguas habían acabado con el resto de los mortales. Abalanzábanse las olas á ellos, retumbaba sobre ellos el trueno, bramaba á sus pies un mar enfurecido. Espantosa oscuridad los envolvía cuando los relámpagos no alumbraban la cruel escena; cada nube amenazaba horrores con su negra frente; cada ola tropezaba con mil cadáveres, ó impelida por los aquilones, corría en busca de mas estragos.

«Estrechó Semira á su esposo contra su corazón palpitante, y vertiendo llanto, que regaba sus mejillas pálidas, mezclado con las gotas de la lluvia, exclamó con voz balbuciente: «Semín, amado mío, ya no hay salvación para nosotros; por todas partes la muerte nos acosa rugiendo. ¡Oh desolación! ¡oh desventural! Cada vez se nos acerca mas nuestro fin. ¿Cuál de esas olas, ¡ay! cuál será la que nos separe? Sosten, sostenme con tus brazos trémulos, amado mío: pronto no existiré, pronto no existiremos, confundidos ambos en el universal trastorno. Ahora.... Hacia aquí viene rodando.... ¡Cuán espantosa! Ya llega, iluminada por los relámpagos. ¡Favor, oh Dios! ¡Dios, nuestro juez!» — Dijo, y cayó en brazos de Semín.

«Cidió con ellos á la desfallecida esposa, sin poder desplegar los labios, y sin ver ya el inminente esterminio, sino solo á su dulce prenda reciénada, exánime en su seno; y padeció por ella mas que con el horror de la muerte.

«Besó entonces aquellas mejillas, que tenia sin color la fría lluvia, y estrechólas mas fuertemente, diciendo: «Semira, adorada Semira, recóbrate y vuelvo á contemplar este desolador espectáculo: vuelvan á mirarme tus ojos, vuelva á decirme otra vez tu marchito lábio que me amas hasta la muerte: otra vez antes que las olas nos arrebaten.»

«Volvio ella en sí cuando él enmudecía; dirigióle una mirada llena de indecible ternura y pena, y tendió luego la vista sobre aquel estrago. «¡Dios y mi juez! exclamó: ¿no hay remedio, no hay misericordia que nos alcance? ¿cómo se estrellan las olas así! ¿cómo retumba el trueno! ¿con qué aparato de terror se anuncia la implacable venganza! ¡Oh Dios! Nuestros años corrían en la inocencia; Semín era el mas virtuoso de los jóvenes.... ¡Ay! ¡ay de mí! To-los los seres que ornaban de goces mi existencia, todos han perecido. Y tú, la que me diste vida.... ¡oh cruel espectáculo! separada de mí por las aguas, todavía levantaste la cabeza y los brazos para bendecirme, cuando fuiste abismada. Todos perecieron. Y sin embargo.... Semín, Semín, el mundo asolado y desierto seria para mí un paraíso contigo. Vivíamos inocentes, mi Dios; y ¿no hay salvación, no hay piedad para nosotros? Pero ¿qué dice mi corazón angustiado? Perdonáme, ¡oh Dios! ya morimos. ¿Qué es en tu acatamiento la inocencia humana?»

«Sostuvo el mancebo á su compañera, á quien el huracán vencia, y dijo: «Sí, mi adorada: todo viviente ha sido arrobado á la tierra, y en el estruendo de la devastación ya no grita ningún moribundo. Carísima, carísima Semira mía, el instante próximo es el último nuestro. Se acabaron todas las esperanzas de esta vida; todo el venturoso porvenir que nos figurábamos en las horas placenteras de nuestro amor, se deshizo; vamos á perecer. La muerte subo y corre en torno de nuestras rodillas vacilantes; pero no, no esperamos como réprobos ese general destino. ¡Moriremos! Y ¿qué fuera para nosotros, amada mía, qué fuera la vida mas larga y deliciosa? Una gota de rocío pegada á un pañuelo, de donde se desprende al mar cuando el sol asoma. Esfuerza tu ánimo: las delicias y la eternidad están mas allá de la vida. No temblemos al pasar allí: abrázame y esperemos así nuestra suerte. Pronto, Semira mía, pronto nuestras almas volarán sobre estos estragos; entregadas al goce de una bienaventuranza inefable, volarán sobre ellos: tanto me atrevo á esperar, Dios mío.

Sí, Semira, levantemos las manos al cielo: no debe el mortal juzgar á la Providencia. El que inspiró el soplo vital en nosotros envía la muerte al bueno y al malo; pero ¡dichoso el que ha caminado por las sendas de la virtud! No pedimos la vida, ¡oh infinitamente justo! seamos comprendidos en tu sentencia; pero animámonos con la celeste esperanza de aquel bien inefable que ya no puede turbar la muerte; y ruja en buen hora el trueno, y brame la borrasca, y estréllese sobre nosotros las olas. Alabado sea el justo; su alabanza sea el último pensamiento de nuestras almas en el cuerpo falliciente.»

«El valor y el júbilo que reanimaron el semblante de Semira le volvieron su hermosura; y alzando las manos entre la tormenta, prorrumpió «Sí, esa divina, esa inmensa esperanza la siento ya toda: alabe al Señor mi lábio, y viertan lágrimas de alegría mis ojos hasta que los cierre la muerte cercana, pues nos está aguardando un cielo con mil venturas. Nos habeis precedido vosotros los que fuisteis objeto de nuestro cariño; pero pronto tornamos á veros: ya vamos. Ante el solio del Altísimo están ya los justos, á quienes despues del juicio ha congregado en su presencia. Truenos, rugid; olas, bramad: vosotros sois el himno de su justicia: destrucción, ven á nosotros. — ¡Mira, amado mío! abrázame, que allí viene la muerte, en aquella ola negra viene. Abrázame, Semín, no me dejes. ¡Oh! ya me levanta el agua.

«—Yo te abrazo, Semira, decía el jóven; abrazada te tengo. Muerte, sé bien venida: aquí estamos. ¡Alabada sea la justicia eterna!»

«Así dijeron, y la ola los arrebató abrazados.»

(Traducido por Juan Eugenio Hartzenbusch.)

POESÍA.

Con el mayor gusto insertamos la titulada «Un recuerdo y una plegaria,» que un amigo y colaborador nos remite. La ardiente fé cristiana, y el vehemente amor pátrio que en ella resaltan, la hacen digna de ser leída.

Pulse su autor la armónica lira que el cielo le ha dado en depósito; pásela incesantemente y esté seguro de alcanzar un nombre literario.

LA REDACCION.

UN RECUERDO Y UNA PLEGARIA.

A LA ILUSTRE MEMORIA DEL NOBLE MARINO
EL ESCMO. SR. D. CASTO MENDEZ NUÑEZ.

I.

UN RECUERDO.

Lágrimas de aflicción España vierte
En mar de agudas penas anegada,
Y continúa al ver su triste suerte
Do dirije su lánguida mirada....
Hoy la sensible y prematura muerte
De un fiel hijo lamenta acongojada,
De un varon que ya el cielo premiar quiso,
Del Héroe del Cáliz y Valparaíso.

España sobre el lomo de sus mares
Flotantes vió magníficos bageles
Do entonaban patrióticos cantares
Marineros intrépidos y fieles:
Ausentes de su hogar, sus sacros lares
Ansaban coronar con los laureles
Que alcanzan en la lid los valerosos
Que alientan corazones generosos....

De Méndez Núñez la brillante historia
Grabada en los hispánicos anales
Siempre estará, que eterna es la memoria
De los héroes ilustres y leales.
¡Dignos de prez, de bendición y gloria
Son los hechos y triunfos inmortales
Del que luchando entre cerúleas olas
Fué el honor de las naves españolas!....
¡Méndez Núñez triunfó! ¡Gloria al Marino,
Que glorias dió á su patria por herencia.
Como bueno cumplió con el destino
Que fió á su virtud la Providencia...
Mas ¡ay! que vióse envuelta en torbellino

(1) Antes que Gessner, había escrito en su *Deucalion* el conde de Torrepalma la octava siguiente:

Sobre la última roca retirada
Amante madre, al tierno infante asida,
La planta de las ondas ya bañada,
Le levanta á los hombres atollida:
Del miedo y de las ondas perflorada,
En el piélago cay devaneada,
Y aun en la ansia letal agonizando,
Ya el hijo entre las ondas levantando.

De accidentes morbosos su existencia,
Y por fin... sucumbió, pero en su tumba
Eco de inmortalidad con eco retumba...

Retumba el eco de su muerte triste
Por las vastas ibéricas regiones;
Y el pueblo de Pelayo luto viste,
Y suspiran los tiernos corazones:
Y llora ante su tumba cuanto existe
Admirando sus inclitas acciones;
Y recuerdan su fé y amores patrios
Los que ruegan por él en santos átrios.
Por él, por Gonzal Nuñez, todos ruegan
Con fervor y emoción muy reverente,
Y al altar humildos por él llegan
Los Ministros de Dios Omnipotente....
Si entre nubes de incienso se congregan
Sacrificios y oraciones del creyente,
Resuene ante su tumba ciceraría
El eco dulce de mi fiel Plegaria.

II.

UNA PLEGARIA.

¡Dios Eterno! mirad compasivo
De la España la suerte futura,
Pues hoy gime con flébil ternura
Sumergida en un mar de aflicción.
Ya su acento trocés de altivo
En amargo sollozo que late
Entre el eco del rudo combate
Que encarniza la ciega pasión.
Si ante Vos todos somos hermanos,
Dad á todos la luz de la gracia,
Que ilumine con suma eficacia
Los senderos del mundo falaz;
Y acatando divinos arcanos
Del Criador de la tierra y del cielo,
Goce el hombre la calma y consuelo
Que doquiera difunde la paz.
¡Maya paz en la tierra, Dios mío;
Paz, que es fuente de vida y dulzura,
Paz, que es germen de dicha y ventura,
La paz santa que es foco de luz....
Convertid el error del impio,
Estirpad la calumnia y el dolo,
Y que un polo se enlace á otro polo
Con los brazos que estiende la cruz....
Mendez Nuñez amó la cruz santa,
De católica fé bello emblema:
De su vida en la hora suprema
Demostró su valor y honradez.
¡Y hoy España llorosa levanta
Entusiastas y dulces cantares
Al fiel héroe inmortal que en los mares
La dió brillo y honor, gloria y prez!....
¡Oh Dios santo! si España os eleva
Por el alma de Mendez plegarias,
Sacrificios y súplicas varias,
Al piadoso español escuchad:
Y en los pechos sensibles renueva
El amor á los dogmas cristianos,
Y que vivan cual buenos hermanos
En union y perfecta amistad.
Ya que sois en bondades tan rico
Llegue á Vos el melódico acento
De mi triste plegaria que el viento
Por España vá pronto á esparcir.
Con profunda humildad os suplico
Por el bien de mi patria querida,
Que si hoy gime, Dios mío, afligida,
Por Vos logre feliz porvenir.

FRANCISCO RUIZ Y LLOPIS.

LA CODICIA ROMPE EL SACO.

(Leyenda de color oscuro escrita con claridad,
porque yo soy así.)

(CONTINUACION.)

—Mire V., D. Cosme, necesitaba dos mil reales; pero, en fin, sean los mil y no hablemos mas del asunto.

—Daré quinientos cincuenta.
—Eso ya lo dijo V. antes.
—Vaya, doy... por ser V... los quinientos sesenta, y no deba, porque quinientos sesenta reales en la actualidad son....
—Sí, sí, según V., quinientos sesenta duros; ¡ojala fuera cierto!
—Es lo que puedo dar, D. Carlos.
—Todo puede arreglarse, —contestó este.
—No veo el medio, —gruñó el prestamista, mirando de reojo la alhaja.
—Mire V., D. Cosme, me dá V. los mil reales y si mañana á las doce no he vuelto á recoger la sortija, puede V. quedarse con ella.
—¿V. me firmará esta condicion en el dorso de la papeleta? —preguntó D. Cosme receloso.
—Sí señor, —dijo Carlos impaciente.
—Pues bien, —contestó el viejo, saltando las palabras con lentitud, y cuasi cada una de ellas fuera una moneda que sacara de sus reptelas arcas. —Pues... corriente... en tal caso... daré... en fin... D. Carlos, no puedo dar arriba de los quinientos sesenta.
Y D. Cosme asió el estuche con mano trémula, lo cerró como distraído y lo guardó en un armario de roble, guarnecido y claveteado de hierro. Despues se puso á estender la papeleta sin oír al parecer las protestas de Carlos, que decía necesitar absolutamente los mil reales.

Renunciamos á seguir relatando este enojoso diálogo, y baste saber que por fin obtuvo el jóven, despues de una hora de discusion, la cantidad de ochocientos reales, que D. Cosme le daba en calderilla y el rehusó, transigiéndose por fin la cuestion, el dar éste al usurero ocho reales por vía de descuento.

Terminado el trato, preguntó D. Cosme con el tono mas afable:

—Creo que me ha dicho V., hace poco, que tiene mañana un desafío.

—Sí señor, al amanecer.

—¿Y es á muerte?

—A muerte.

—¿V. sabrá manejar las armas?

—No señor.

—Pues en tal caso corre V. un grave peligro.

—Tengo muy buena suerte.

—Dios quiera, D. Carlos, sacarle á V. con bien.

—Así lo espero.

—Con que abur, D. Cosme.

—Servidor de V., D. Carlos.

Salió el jóven, y dirigiéndose el viejo al armario de que sacó la sortija, se puso á contemplarla, y despues de un detenido examen, dijo entre dientes:

—¡Esta alhaja vale cinco mil reales! Y Carlos tiene un desafío á muerte! ¡pobre chico!

No dijo mas el usurero; pero sonrió con cierta sonrisa que no queremos traducir en gracia de la moral.

Media hora mas tarde vendía D. Cosme la apollillada capa por ciento sesenta reales.

El comprador fué un trapero, á quien el prestamista trató de convencer de que del paño servible de la prenda podrian salir lo menos seis chaquetones y varios chalecos.

Quedó solo D. Cosme, y despues de palpar y remirar los ocho duros, exclamó gozoso.

—¡No está mal día!... ¡No he hecho mal negocio! ¡Nadie entiende como yo estos asuntos!

Llegaba aquí de su solloquio, cuando la misma voz dulce que antes escuchamos llamó, diciendo:

—Cosme, vamos á almorzar.

Y á poco, por entre las pilas de fardos y colchones, apareció una jóven de unos veintidos años.

Era blanca, esbelta y de estatura mediana. Sus cabellos rubios y sedosos, azules los ojos y pálido y hermoso el semblante, soñre el que se veía marcada la huella de un pesar profundo y continuo.

—Cosme, vamos á almorzar, repitió con acento contenido.

—¡Voy! ¡voy! respondióla irritado el avaro viejo.

—No te enfades, Cosme.

—¡No te enfades! siempre tu eterna canción.

—¿Qué quieres que te diga?

—Nada, nada, Amparo, á no ser que me dijeras que estaba loco al casarme contigo. ¿De qué me sirves?

—Hago lo que puedo, Cosme: bien sabes que estoy enferma.

—Sí, ya sé que trabajo para los boticarios con tus eternas aprensiones.

Salió D. Cosme por la trastienda, y Amparo, llevando su mórbida mano al corazón, quedó sola un breve instante, tratando de contener un sollozo, y bebiendo una amarga lagrima que, destilándose por su pálida mequilla, fué á parará sus lábios suspirantes.

(Se continuará.)

MESA REVUELTA.

EL SEÑOR SE.

No conocemos personaje que mas se mezcle en todos los asuntos. Desde los bautizos á los funerales, en dondequier se balla, no hay festin á que no asista, puesto que siempre leemos ó nos cuentan: *Se-comio..... Se-brindo.* En los viajes, *marcho-Se.* En la soires: *Se-bailo.... Se-cantó..... Se-declamo y enamoro-Se,* etc., etc., etc. Por manera que no hay celebridad comparable á la de este buen señor Se, pues á tal punto llega su popularidad, que estando en todas partes y figurando en todos los sitios, estamos seguros de oír dentro de poco. En Valencia *Se* escribe en la actualidad un periódico titulado *La Ilustración Popular Económica.*

LA MUERTE DEL ATEO.

Mirando en torno
lleno de angustia
ante su vista
vé negra tumba,
que del olvido
la densa bruma
con pardas nieblas
tétrico oculta.

Alza los ojos
con amargura,
y en el espacio
la horrible duda
mira riendo
con loca burla
de la agonía
que lo tortura.

Si su pasado
floroso busca,
vé á la blasfemia
surgir impura,
mira á la envidia,
ira y lujuria,
vé á la avaricia,
pereza y gula.....

Vé á la soberbia
letal y brusca.....
y al egoísmo
que con voz ruda

dice: «insensato,
attembla y escucha
«el epitafio
«que te se augura.

«Quien despiadado
«creencias puras
«mató con saña
«tan iracunda,
«triste su vida,
«triste concluya.....
«sin esperanza
«triste sucumba!»

Mas si el cuitado
piensa en su cuna,
y una plegaria
tierna murmura,
ahuyenta un ángel
la airada turba,
y con voz dulce
perdon le anuncia.

(Que Dios escelso,
todo ternura,
clemencia todo
santa y augusta,
del que ha pecado
la humilde súplica,
siempre amoroso,
siempre la escucha!

A.

Además de los señores relacionados en el número anterior, han descifrado el logogrifo del núm. 3.º, los siguientes:

D. F. C. y C., de Badajoz. = D. J. P., de Yezoa. = D. J. Y. C., de Alcoy. = D. L. H., de Urroz. = D. B. B., de Azcoita. = D. J. D., de Tortosa. = D. A. F. y F., de Godall. = D. F. M. O., de Vitoria.

Han descifrado el salto de caballo inserto en el núm. 4.º, los suscritores siguientes.

D. M. B. = D. B. C. = D. E. M. = D. J. B. B. y A. = D. R. B. = D. R. A. y P. = D. M. S. y F. = D. D. G. = D. M. M. B. = Y F. A. y A., de Valencia = Y D. M. L. y T., de Calatayud. = D. M. S. y L., de Nucia = D. J. R., de Alcoy = D. F. M. O., de Vitoria. = D. J. M. G. V., de Sanlúcar de Barrameda. = D. F. P. M., de Rus. = Un suscriptor tudelano y D. J. P., del Puerto de Santa María.

Por haber descifrado las charadas de los números 1.º y 2.º, y el logogrifo del 3.º, han obtenido premio los suscritores siguientes:

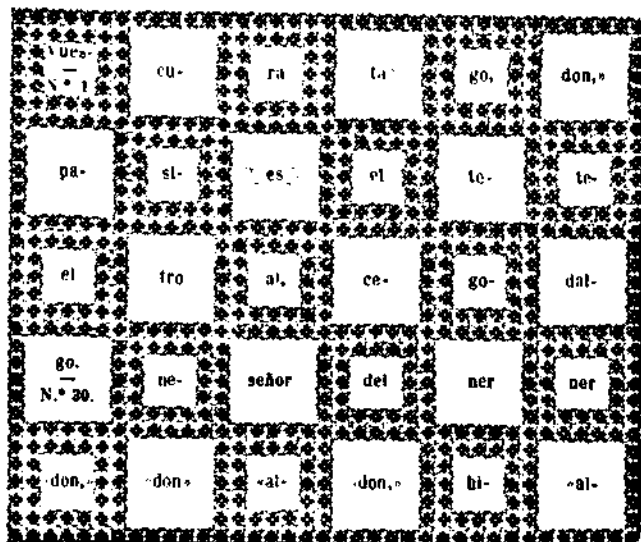
D. J. V., de Alfara = D. V. G. y J., de Zaragoza. = D. J. M. G. de V., de Sanlúcar de Barrameda. = Y D. L. H., de Urroz.

Queda hecho el abono en la administración. Salud para ganar otros muchos premios y hasta el número 6.º en que pienso retarlos con algunas cositas de mi cosecha. — Siempre suyo — I. ORIZ.

Solucion al salto de caballo del número anterior.

Tres jueves hay en el año
Que relucen mas que el sol:
Jueves Santo, Corpus Christi,
Y el día de la Ascension.
Santamente cuando llegan
Días de tanto esplendor,
Horas dulcissimas paso
En fervorosa oracion.

SALTO DE CABALLO.



Empieza en el n.º 1 y acaba en el 30.

(La solución en el número próximo.)

M. E.

Anuncio.

DICCIONARIO RAZONADO

DE

LOS FERRO-CARRILES ESPAÑOLES

bajo su aspecto legal, técnico, administrativo y comercial, con la colección legislativa completa hasta fin de 1868,

POR

D. BENITO VICENTE GARCÉS.

Obra única en su clase é indispensable á los empleados, tribunales, comerciantes y viajeros.

Se halla de venta á 60 rs. en las principales librerías de Madrid, y se remite á provincias mediante letra de 70 rs.

Administración: calle de la Magdalena número 20, cuarto segundo. Madrid.

Con aprobacion de la autoridad eclesiástica.

Director: D. AGUSTIN LOPEZ.

IMPRENTA DE JOSE MARIA AYOLDI.